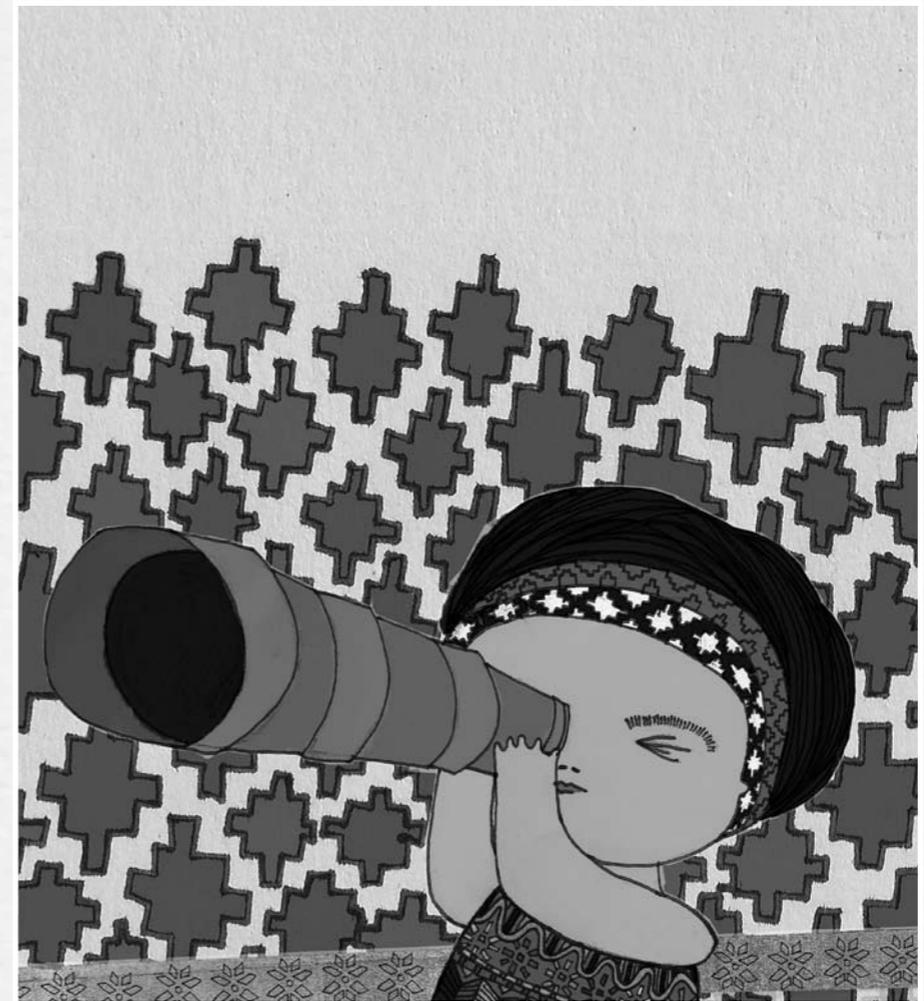


Observaciones Latinoamericanas

Sergio Caba M. • Gonzalo García G.
EDITORES



A quienes acompañaron esta primera aventura editorial, familia y amigos.

Especialmente a Italo, por su cariño e incondicionalidad (SC).

A RR, por supuesto (GG).

© Sergio Caba M., Gonzalo García G., editores, 2012

Inscripción N°218.468
ISBN 978-956-17-0514-2

Tirada: 300 ejemplares
Derechos Reservados

Ediciones Universitarias de Valparaíso
Pontificia Universidad Católica de Valparaíso
Calle 12 de Febrero 187, Valparaíso
Teléfono: 227 3087 – Fax: 227 3429
E.mail: euvs@ucv.cl
www.euv.cl

Dirección de Arte: Guido Olivares S.
Diseño: Mauricio Guerra P.
Asistente de Diseño: Alejandra Larraín R.
Corrección de Pruebas: Osvaldo Oliva P.

Ilustración de Portada: Liesbeth Gómez Hernández

Impresión: Salesianos S.A.

HECHO EN CHILE

Contenido

Comentarios Iniciales	
Sergio Caba / Gonzalo García	11
Pensar teórico y pensar epistémico:	
Los desafíos de la historicidad en el conflicto social	
Hugo Zemelman	19
La idea de origen en el concepto de América	
Hernán Neira	33
Acerca del giro decolonial y sus contornos	
María Eugenia Borsani	53
Desobediencia Epistémica, Pensamiento Independiente y Libertad De-Colonial	
Walter Mignolo	71
América Latina en la sociedad mundial	
Aldo Mascareño Lara	97
El concepto <i>Segunda Independencia</i> en la historia de las ideas en América Latina:	
Una Mirada desde el Bicentenario	
Javier Pinedo	115
Novela Histórica y Extrañamiento: tensiones y pleitos entre la metaficción y la historiografía	
Jorge Osorio Vargas	137
El ideario político de los esclavos insurrectos en los primeros años de la revolución de Haití.	
Juan Francisco Martínez Peria	149
El Caribe y su apuesta teórica	
Román de la Campa	167
Tramas de la subjetividad latinoamericana. Reflexiones fanonianas	
Alejandro De Oto	189



Comentarios Iniciales

Comentarios Iniciales

Observaciones latinoamericanas. Perspectivas sobre pensamiento social... este libro reúne trabajos que reflexionan sobre Latinoamérica como matriz sociocultural. Para aquello, hemos seleccionado una serie de artículos escritos por expositores de diversas áreas, los cuales han sido recopilados en torno a un esfuerzo por entregar un panorama plural. Bajo este principio dejamos claro que nuestra propuesta no persigue el compromiso de tener que responder a una única filiación teórica u orientación paradigmática, forma disciplinaria o lineamiento de contenidos específicos. Y no es que entendamos que la pluralidad sea un valor en sí mismo para producir un libro en el campo de los estudios latinoamericanos –lo que en el orden académico debería ser, sino más bien se trata de tender hacia una aproximación congruente con lo que América Latina como contexto de estudio demanda a la investigación.

La constelación de los estudios latinoamericanos no representa para nosotros un intento por apelear a un latinoamericanismo a ultranza para legitimar una posición reivindicativa en el ejercicio de pensar nuestro objeto de estudio. No nos consideramos retribuyentes de consignas como “para estudiar Latinoamérica desde Latinoamérica, hay que hacerlo desde una postura militante”, o de una renuncia a las elaboraciones discursivas elaboradas en los centros metropolitanos a favor de una búsqueda de los resquicios de las formas de una posible autenticidad no eurocéntrica.

Creemos que el proceso de recepción de los resultados del conocimiento en otros contextos no debería resolverse –como si se tratase de una actitud valorativa– en función de validar *a priori* una particularidad geográfica, cultural e histórica, ni por correspondencia a un canon consensuado como conocimiento. Sí, como respuesta a la continuidad del desarrollo de un pensamiento, de sus respectivas aspiraciones y problemáticas históricas que van surgiendo. Y podría ser que esta tensión está a la base de una comprensión habitual que transita en medio de nuestras discusiones sobre el problema de un pensamiento social latinoamericano. Lo que se tiende a asumir en un extremo como propio de un latinoamericanismo redentor, en tanto respuesta inmunitaria a las lecturas extranjeras y su recepción por medio de una tradición de pensamiento formada. Y es que tal vez hoy, como nunca antes, la evolución del pensamiento social latinoamericano se encuentra en una posición que posibilita un cuestionamiento radical que rechazaría cualquier fundamento de pretensión de universalidad de la razón; aspiración que se muestra como propia del pensamiento desarrollado en las modernidades centrales. Pero esto es algo que debe ser confrontado en el debate.

Las evidentes diferencias en la elaboración de conocimiento y en la producción de reflexión teórica, también se hacen sentir a la hora de tomar una actitud ante las inexcusables asimetrías. Últimamente se viene criticando la recepción de la producción intelectual metropolitana como el resultado de un dispositivo de poder avalado por la globalización de los estándares científicos, y éstos al predominio de un argumento que entiende el problema como si se tratase de la continuidad de una imposición histórica de poder. Así, se puede apelar a la necesidad de “cuestionar” lo que se impone, recuperando el argumento de la originalidad de las formas alternativas, de una otra-epistémica. En esa lógica, se tiende a apelar a la descolonización del conocimiento. Pero por este camino no habríamos de olvidar, por ejemplo, el impacto que resulta a partir de las desigualdades en términos de lo que significa la intermitencia de centros o programas de investigación desprendidos de presiones fundamentales, como de un adecuado financiamiento para emprender proyectos de investigación y sostener una comunidad para futuros investigadores.

Esta intermitencia nos es importante en dos facetas. Primero porque dificultaría el integrar discusiones que responden al devenir de una tradición de problemas que han sido planteados desde una perspectiva latinoamericana, tanto en la definición de programas de investigación que delinearían la especificidad que ameritan los estudios latinoamericanos, como en la apropiación de esa tradición en el proceso de formación. Y segundo, porque las dificultades históricas para la formación de una comunidad científica organizada, cuya presencia en el espacio de la opinión pública sea relevante, podrían ser entendidas como síntomas de incapacidad para establecer espacios de autonomía, donde se unifica el mundo científico y político, dando como resultado la formación de una práctica normativa. Nuevamente cabe precisar: si nuestra presunción es correcta o no, es algo que debe ser respondido en la discusión.

Tal como reconoce Hugo Zemelman, se trataría del proceso de desarticulación entre conceptualización y realidad. Tensión traducida en la aplicación-acomodación de dispositivos teóricos que no son el resultado del examen empírico de la propia realidad. Desde la disciplina –si nos permiten esta acepción– de la Historia de las ideas latinoamericanas, esta demanda emanada desde el pensamiento social adquiere una dimensión arquetípica: la búsqueda de una identidad. Tal como señala Arturo Roig (1981), no es que la filosofía necesita de un pueblo, es el pueblo quien necesita de una filosofía. Su argumento es que a pesar de las discusiones academicistas de bases científicas consensuadas, la experiencia social se reproduce independientemente del tránsito y desarrollo de comunidades que lo legitiman

Sobre el libro...

En este libro se sitúan temáticas que normalmente cuentan con una escasa incidencia y circulación en el horizonte de la formación de las ciencias sociales y humanidades –con especial énfasis en el caso chileno–, en el momento en que nuestras disciplinas enfrentan un proceso agudo de estandarización curricular. Y aunque ocurriera débilmente lo contrario, el hecho de que la práctica formativa pueda estar orientada a la apropiación de una tradición encontraría serias dificultades producto precisamente del fenómeno de estandarización señalado.

Responder a la apropiación de una tradición puede sonar una consigna fácil de enunciar críticamente para los que nos dedicamos a los Estudios Latinoamericanos. Pero es obvio que hay que dar cuenta de lo que es evidente cuando se hace evidente.

Por el momento creemos que la débil presencia del horizonte latinoamericano se puede leer como producto de un problema mayor derivado de dificultades concretas para instalar una agenda temática que emerja de los intereses propios de la comunidad científica e intelectual. Y cuando decimos instalar, nos referiremos a una acepción básica: incidir en planes curriculares acordes a un diálogo con la tradición latinoamericana, con la continuidad de lo que ha formado parte de sus problemáticas e interrogantes clásicas.

En ese sentido, este libro no trata de hacerle propaganda a temas específicos que pensamos deberían estar presentes en nuestros ejes curriculares o debates. Nuestra propuesta consiste en referirnos a una apuesta de enfoque de contexto latinoamericano débilmente presente en nuestro escenario académico.

...

Cabe mencionar que este libro es el fruto de una red que hemos ido tejiendo en estos últimos años, en la cual nos planteamos acordar una serie de encuentros para construirlo. Entre el año 2010 y 2011 logramos contactar a nuestros autores presentándoles nuestra propuesta inicial, de los cuales recibimos una recepción inmediata. La consigna: queda a disposición de cada uno la entrega de un capítulo.

Hacemos nuestro agradecimiento extensible a todos ellos, a quienes dieron sustento directamente a este libro, y a otras personas que acompañaron el proceso:

- Al profesor Miguel Chávez Albarrán, Escuela de Sociología de la Universidad de la Frontera (Temuco), amigo y profesor en el camino hacia la formación que decidimos emprender en los Estudios Latinoamericanos.
- A Eduardo Devés Valdés, Instituto de Estudios Avanzados de la Universidad de Santiago de Chile (IDEA), por su aporte estratégico en el establecimiento del contacto con algunos autores.
- A Hernán Neira Barrera, Departamento de Filosofía de la Universidad de Santiago, por sus consejos y decisiva contribución al diseño del proyecto.

Un grupo importante de expositores de la literatura, la filosofía y la sociología, han sido reunidos para presentar un vasto panorama para discutir Latinoamérica en su contexto sociocultural. El libro comienza con una reflexión epistemológica a cargo del profesor Hugo Zemelman titulada “Pensar teórico y pensar epistémico: Los desafíos de la historicidad en el conflicto social”. Se encuentran, por ejemplo, aproximaciones en directa confrontación como la apuesta decolonial en “Desobediencia Epistémica, Pensamiento Independiente y Libertad De-Colonial”, de Walter Mignolo, y el examen de Latinoamérica como momento de la sociedad mundial en “Universalismo, Particularismo y Sociedad Mundial: Obstáculos y Perspectivas de la Sociología en América Latina”, de Aldo Mascareño. De esto se trata el núcleo que tratamos de constituir en torno a

la propuesta que les presentamos, invitando al diálogo desde la apertura que nuestra diversidad de especialistas nos entrega.

El primer artículo a cargo de Hugo Zemelman, del Instituto de Pensamiento y Cultura en América Latina en México, establece un diagnóstico epistemológico situado en la problemática universitaria para ofrecer una reflexión de la tensión entre la elaboración teórica y la referencia a la realidad que da cuenta. Se plantean las posibles consecuencias en el orden de *realidades inventadas*. Lo cual, acontece en la cosificación de la teoría, ya no como posibilidad de atribuir propiedades a una realidad en constante relación a la luz de los resultados del conocimiento, sino como un consenso que debe ser confirmado en la investigación. La resignación a plantear los problemas del conocimiento tendría como consecuencia inmediata el haber relegado la discusión filosófica de la ciencia, habiendo perdido su centralidad en las instituciones universitarias.

El trabajo de Hernán Neira, del Departamento de Filosofía de la Universidad de Santiago de Chile, propone los lineamientos de la *americología*. Se examinan los obstáculos de las concepciones historiográficas tradicionales sobre América Latina, sustentadas en una metafísica esencialista que arraiga una comprensión substancialista de cultura. La idea del *origen* de América inmovilizaría la comprensión de la propia problemática histórica, porque en la búsqueda de la originalidad radica la trampa de una realidad que no se puede alcanzar; sea mediante el privilegio de la opción etnocéntrica que se remonta al arquetipo de la visión de la historia del conquistador; sea con el optimismo precolombino que pretende establecer la idea del pueblo. El texto vuelve sobre la trampa que encierra la idea de *origen*: el discurso de la representación idílica por encontrar una América europea o indígena. Pero la realidad no se alcanza, vuelve a aparecer como perdida en el resultado de su propio espejismo cuando acomete verse como original.

El objetivo del trabajo de María Eugenia Borsani, del Centro de Estudios y Actualización en Pensamiento Político: Decolonialidad e Interculturalidad (CEAPEDI) de la Universidad Nacional del Comahue, busca esclarecer de qué estamos hablando cuando hablamos de *decolonialidad*. Dando cuentas de las similitudes, pero sobre todo de las diferencias con otras corrientes de pensamiento de carácter latinoamericano como lo es la forma de definirse dentro de una tradición de Filosofía Latinoamericana: la teoría poscolonial, el pensamiento nacional y popular, la posmodernidad y el marxismo. De esta forma, la autora busca delinear los márgenes de una de las corrientes de pensamiento más significativas en la actualidad de la producción crítica latinoamericana. Cuya finalidad conceptual es mantener abierta la posibilidad de una zona fronteriza de enunciación, por lo que su vocación nos acerca más a una opción político-epistémica que una teoría consumada. Su propósito no queda reducido a la asignación de un geografía, sino que corresponde a un marco epistémico político, un correlato fronterizo de las perspectivas derivadas de la modernidad.

Walter Mignolo, del Center for Global Studies and the Humanities de la Universidad de Duke, cuya trayectoria compone una de las producciones filosóficas y de las “ciencias” histórico-

sociales más sugerentes en la actualidad del pensamiento social latinoamericano, emprende el debate desde la exterioridad que inscribe la apertura de la opción decolonial. A través de los términos que propone la *diferencia colonial*, se presenta una crítica a la deslocalización del conocimiento como forma de pretensión de universalidad abstracta. Argumento que invisibilizaría su condición de posibilidad como resultado de una geopolítica del conocimiento anclada al pensamiento de los centros metropolitanos. La ruptura decolonial apremia por una alternativa que se ofrece como posibilidad de encontrar un lugar que enfrente la totalización de la linealidad histórica del paradigma eurocéntrico de *lo novedoso*. La opción se juega por la reivindicación de derechos epistémicos que responden a un diálogo que fractura los términos de la conversación, apostando a iniciar la discusión desde un locus subalterno.

Aldo Mascareño, de la Escuela de Gobierno de la Universidad Adolfo Ibáñez, nos entrega una lectura de la evolución social de América Latina articulada en el despliegue de las transformaciones propias de la sociedad mundial. Se propone una lectura que conjuga el vínculo entre lo universal y lo particular, entre las operaciones estructuradoras que permiten identificar un concepto de Sociedad y sus diversas adecuaciones regionales. La tesis central que se pone a prueba nos permite responder a un clásico tópico afirmado en gran parte del pensamiento social latinoamericano, en lo que el autor llama *semántica de la unidad*. Es decir, América Latina debe ser observada en relación al carácter de su identidad como negatividad de *ausencia* o *incompletud* ante la modernidad.

Javier Pinedo, del Instituto de Estudios Humanísticos Abate Molina de la Universidad de Talca, analiza a través de cuatro reflexiones propias de los discursos intelectuales del pensamiento social latinoamericano, la historia, aplicación y significado del concepto de *Segunda independencia*. Desde su inicio en los pensadores románticos del siglo XIX (Esteban Echeverría, José Victorino Lastarria, Francisco Bilbao); y que más tarde con José Martí lo consolida definitivamente; deteniéndose especialmente en el proceso chileno de los años 60, y lo establecido por Salvador Allende. Por último, se analiza la situación actual y cuál debería ser su vigencia en el futuro, de cara al Bicentenario.

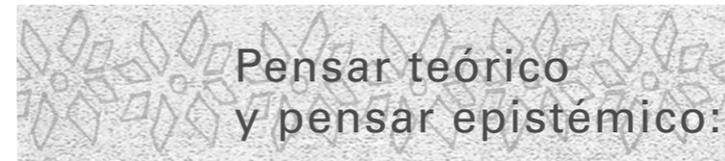
Jorge Osorio, Universidad de Playa Ancha, nos ofrece distinguir la Nueva Novela Histórica Latinoamericana (NNHL) como fenómeno literario de otras novelas históricas, dando a conocer la discusión cuyos márgenes aun no se encuentran definidos. Refiriendo a los trabajos de Seymour Menton, María Cristina Pons, Karl Kohut y Fernando Ainsa, establece líneas que nos acercan a su identidad y al reconocimiento de su carácter frente a sucesos históricos desconocidos y estrategias narrativas, además de similitudes y diferencias con corrientes de pensamiento actuales, ubicándola en las cercanías de un ejercicio reconstructivo historiográfico.

La exposición del trasfondo simbólico-discursivo que articuló el ideario antiesclavista de la Revolución Haitiana está a cargo de Juan Francisco Martínez Peria, del Centro de Estudios Latinoamericanos de la Universidad Nacional de San Martín. El autor sostiene que los límites de la historiografía clásica a la hora de entender la rebelión de los esclavos, se deben precisamente en haberla subsumido a un movimiento promovido por los colonos realistas a fin de obstaculizar

el avance de la revolución francesa para reivindicar una ideología realista dirigida a introducir reformas mínimas a la esclavitud. Al contrario, el trabajo muestra el carácter endógeno y heterogéneo de dicha rebelión que apuntaría desde un inicio al fin de la esclavitud y el racismo. Dando cuenta que la vertiente ilustrada-universalista sólo deviene hegemónica tardíamente entre los esclavos. Este capítulo atiende, junto al trabajo de Román de la Campa, el acento puesto en el Caribe. De la Campa, del Department of Romance Languages de la Universidad de Pensylvania, nos presenta las aristas para poner a discusión la evolución del discurso literario en el contexto de las sociedades poscoloniales. El análisis se concentra en las propuestas de Antonio Benítez Rojo y Édouard Glissant, orientadas a representar lo que el autor llama el *gran significante caribeño*. En efecto, la problemática del sentido del Otro y su percepción estética, de lo autóctono y lo foráneo, se tematiza en lecturas entrecruzadas por el desafío de enfrentar la ineludible heterogeneidad de la multiplicidad de lo diverso que engloba la referencia al Caribe.

Por último, Alejandro De Oto, investigador independiente INCIHUSA-CONICET, revisa los contornos del pensamiento de Frantz Fanon y la influencia en el pensamiento caribeño y latinoamericano. Ante las discusiones que forman parte de los horizontes decoloniales en América Latina, se analiza el pensamiento del martinico en la búsqueda de una tradición disruptiva del marco epistémico-político moderno. En virtud de esta matriz se enfatiza el proceso que acerca la capacidad del colonialismo de subjetivar y de fijar históricamente un relato como un proceso ineludible para sus víctimas. Es por ello que la heterogeneidad del sujeto es analizada como un camino de liberación; es el descubrimiento de prácticas sociales y modos de apropiación simbólicos ante la emergencia epistemológica emancipadora.

Abril 2012.
Los editores
Valparaíso / Buenos Aires



Los desafíos de la historicidad
en el conflicto social

Pensar teórico y pensar epistémico: Los desafíos de la historicidad en el conflicto social

Hugo Zemelman
Instituto de Pensamiento y
Cultura en América Latina, México

Introducción

La realidad que enfrentamos, la realidad socio-histórica, tiene múltiples significados. No es una realidad clara, inequívoca, con una significación cristalina y a la que se le pueda abordar sencillamente construyendo teorías. No es así por diversas razones, las cuales forman parte del debate que hoy día se da en el ámbito académico sobre el problema que afecta a las ciencias sociales, y que resumiría en una idea: el desfase entre los cuerpos teóricos y la realidad.

La idea del desfase es clave, ya que alude a los conceptos que a veces utilizamos creyendo que tienen un significado claro pero que no lo tienen. Esto plantea la necesidad de una constante resignificación que, aun siendo un trabajo complejo, es una tarea central de las ciencias sociales que tiene que ver con la construcción del conocimiento. Dicho de otra manera, tema central del proceso de investigación y, por lo tanto, de la metodología.

La necesidad de resignificar surge precisamente por el desajuste entre teoría y realidad. Pero, ¿por qué el desajuste? El ritmo de la realidad no es el de la construcción conceptual, los conceptos se construyen a un ritmo más lento que los cambios que se dan en la realidad externa al sujeto, por eso constantemente se está generando un desajuste. Dicho así parece como un problema menor pero, en verdad, tiene consecuencias profundas, porque en la medida en que no resolvemos este problema podemos construir discursos y enunciados o manejar ideas que, pudiendo tener una significación en términos de la bibliografía o, para decirlo de una manera más amplia, en el marco del conocimiento acumulado, no tenga necesariamente un significado real para el momento en que construimos.

En el ámbito de las universidades de América Latina, lo dicho es un tema que debería ser discutido pero que desafortunadamente no es abordado. Se constata de manera clara en las políticas de formación de los científicos sociales en América Latina: no hay preocupación por el tópico, o bien, se cree que es exclusivo de los filósofos de la ciencia, de los lógicos, y no de quien quiere construir un conocimiento sin necesidad de incursionar en las problemáticas de la filosofía de

la ciencia o de la lógica. Al no tomar en cuenta esta dificultad en la formación de los científicos sociales, corremos el riesgo de que ellos estén pensando ficticiamente, es decir, que –aun cuando existan excepciones– estén pensando sobre realidades inventadas.

Esto tiene evidentemente consecuencias de orden práctico, porque si no sabemos construir un pensamiento sobre la realidad que tenemos por delante, y esa realidad la definimos en función de exigencias conceptuales que pueden no tener pertinencia para el momento histórico, significa que estamos organizando, no sólo el pensamiento, sino el conocimiento dentro de marcos que no son los propios de esa realidad que se quiere conocer. Esta situación que, tal como la estamos planteando, parece como elemental y obvia, es parte de uno de los vicia crucis de las ciencias sociales. Afortunadamente, desde hace algunos años a la fecha, hay grupos de intelectuales latinoamericanos que han comenzado a reaccionar frente a este hecho y que han puesto de manifiesto que muchos de los conceptos que utilizamos para entender el Estado, la sociedad, las desigualdades, la democracia, la cultura, incluso para entender las dinámicas sociales, la propia educación, no responden a conceptos que estén reflejando la realidad que llamamos histórica, sino que son conceptos acuñados en otros contextos y que muchas veces la academia los repite sin revisar debidamente si están dando cuenta de realidades concretas.

Al no tener conciencia de que se está dando un desajuste entre la teoría y la realidad que se pretende denotar, resulta que estamos inventando realidades. Situación que podemos reconocer no solamente en el ámbito de la investigación o de la docencia, de la academia en general, sino que también en otro orden de discursos, por ejemplo el discurso político. En ocasiones nos encontramos con que éste frecuentemente está amarrado a conceptos que no son pertinentes, que no están dando cuenta de la realidad. Todo lo cual supone, entre otras implicaciones, plantearse la cuestión y tratar de resolverla; resolución que en ningún caso podríamos considerar que es exclusivamente teórica, en el sentido de que basta construir un cuerpo de proposiciones con una función explicativa que resuelva de una vez y para siempre el problema. Precisamente es una cuestión que no se resuelve teóricamente, porque si así fuera, sería tanto como desconocer la naturaleza misma del problema. Si pienso que un desajuste de esta naturaleza se puede resolver a través de una teoría, no estoy tomando conciencia que el problema está en la teoría misma porque, por más brillante y genial que ésta sea, por definición corre el riesgo de desfasarse de la realidad.

La resolución, pues, no es teórica, en la medida que el problema es la teoría misma; por eso ésta requiere ser resignificada, revisada a la luz de las exigencias de las realidades históricas, muchas veces emergentes, nuevas, inusitadas, imprevistas. Ahora bien, si no es un problema que se va a resolver teóricamente, ¿cómo se resuelve? Se plantea la cuestión importante de entender, y que se ubica en el plano de lo que de manera abstracta podemos definir como pensamiento. Debo aclarar que no estamos identificando pensamiento con teoría, ya que significaría volver al mismo vicio de creer que el desfase del que estamos hablando se corrige con el pensamiento teórico. En tanto es en éste donde cristalizan las teorías, correríamos el mismo riesgo de desfase o de desajuste del pensamiento teórico respecto de la realidad histórica.

Siendo así, cuando hablamos de pensamiento, ¿a qué nos referimos? A un pensamiento que se entiende como una postura, como una actitud que cada persona es capaz de construirse a sí misma frente a las circunstancias que quiere conocer. No se trata de decir que tenemos los conceptos y construimos un discurso cerrado, lleno de significaciones; se trata más bien de partir de la duda previa, anterior a ese discurso cerrado, formulándose la pregunta. ¿cómo podemos colocarnos ante aquello que queremos conocer?

No es una cuestión teórica sino propia de lo que llamaría una forma epistémica de resolver el problema. Surge entonces una discusión interesante que simplemente me limito a apuntar: la necesidad de distinguir entre un pensamiento teórico y un pensamiento epistémico, diferencia que reside precisamente en el cómo se resuelve la relación del pensamiento con esa realidad que se quiere nombrar. En el pensamiento teórico, la relación que se establece con la realidad externa –con la externalidad, para decirlo en términos más correctos– es siempre un pensamiento que tiene contenidos, por lo tanto, el discurso de ese pensamiento es siempre un discurso predicativo; vale decir, un discurso atributivo de propiedad, ya que no es un pensamiento que puede dejar de hacer afirmaciones sobre la realidad, pues un pensamiento teórico es aquel que hace afirmaciones sobre lo real.

Quisiera poner un ejemplo para clarificar la idea. Si leemos un libro de un autor “X” y enfrentamos un problema que ese autor ha analizado, lo más inercial y frecuente es repetir las afirmaciones que el autor ha dicho sobre la realidad “A”, aunque estemos analizando la realidad “B”. Es decir, repetimos el mismo discurso aunque le agreguemos un enunciado con una serie de predicados, o para decirlo en términos más precisos, le agreguemos una hipótesis. Cuando hablamos de hipótesis estamos hablando de construcción de enunciados con predicados que dicen cosas, que no son vacíos; una hipótesis vacía es una contradicción, sería absurdo tener hipótesis sin contenido. Por lo tanto, el pensamiento teórico es un pensamiento que ya tiene un contenido organizado y que puede ser el mismo contenido que se viene arrastrando (o puede ser un contenido diferente, pero lo fundamental es que tenga un contenido) y, por lo tanto, su estructura en términos de construir proposiciones es muy precisa.

En cambio, cuando hablamos de pensamiento epistémico nos referimos a un pensamiento que no tiene contenido y eso es lo que a veces cuesta entender. ¿Cómo podemos tener un pensamiento sin contenido? Si lo pusiéramos en términos de la discusión clásica, por ejemplo, con Karl Popper en su texto *Conjeturas y Refutaciones*, la centralidad del pensamiento epistémico es la pregunta, no es el predicado, no es la atribución de propiedades. Esto, dicho así, aparece como de sentido común, pero el problema está en darle a la pregunta un estatus no simplemente de mera conjetura sino, más bien, de algo más amplio que eso, como es permitir que el pensamiento se pueda colocar ante las circunstancias. Se plantea la dificultad de colocarse frente a las circunstancias sin anticipar ninguna propiedad sobre ellas. Es un tema fundamental porque cuando se dice “colocarse ante las circunstancias”, frente a las realidades políticas, económicas, culturales, significa que estamos construyendo una relación de conocimiento sin que esta quede encerrada en un conjunto de atributos; porque eso sería ya una afirmación teórica.

Esta forma de pensamiento epistémico es difícil porque la tendencia es ponerle siempre nombre a las cosas. Hay que vencer esta tentación; más bien la tarea sería preguntarse ¿cuántos nombres puede tener?

Lo que decimos se viene discutiendo hace mucho tiempo, pues es un tema casi permanente en la historia de las ciencias que no se termina por resolver de manera definitiva. Quisiera ejemplificar con dos autores que, desde disciplinas muy diferentes a las que nos ocupan, han planteado el tema y lo han resuelto de maneras diversas. Uno es Bachelard (en textos como *La Racionalidad Científica* y *La Filosofía del NO*), que afirma que la tarea de la ciencia es ponerle nombre a las cosas. Según Bachelard, el problema sería cuidarse de dos grandes riesgos: uno, de no ponerle nombre viejo a cosas nuevas y, dos, de creer que porque no tienen nombre, en el momento en que se plantea, son innombrables. En ese tránsito entre no colocar nombres viejos a cosas nuevas y creer que porque no tienen nombre son innombrables, se ubica lo que estamos llamando pensamiento epistémico.

Otro ejemplo es el de Lakatos. Cuando él se pregunta por qué el ser humano ha podido progresar en la construcción de su conocimiento, contesta más o menos en los siguientes términos: “porque la razón humana ha podido pensar en contra de la razón”, porque el hombre ha sido capaz de pensar en contra de sus propias verdades, porque ha podido pensar en contra de sus certezas. Analicemos estas dos expresiones: significan no atarse, no quedarse atrapado en conceptos con contenidos definidos, sino plantearse el distanciamiento respecto de esos contenidos o de esas significaciones, para buscar qué significaciones o contenidos pueden tener las cosas que estamos tratando de pensar. Es la problemática de lo que aquí llamo pensamiento epistémico.

Pero, ¿en qué consiste todo esto?, ¿cómo se puede expresar, si es que no sólo se reduce al plano metodológico? Es aquí donde surge una de las cuestiones más interesantes pero muy mal entendida: la de las categorías. Quisiéramos detenernos en esto porque el problema de las categorías es el eje del pensamiento epistémico.

Como muchos de los problemas que hemos mencionado, la vieja discusión sobre las categorías debe ser objeto de un desarrollo mayor. En primer término, no hay que confundir lo que decimos con la vieja discusión que se ha dado en el discurso de la filosofía; es decir, no estamos aludiendo con el concepto de categoría, por ejemplo, a lo que las viejas corrientes del pensamiento filosófico al estilo de Kant, plantearon donde éstas, en el fondo y en la forma, daban cuenta de dos grandes cuestiones: o del fundamento último de la ciencia o de las posibilidades mismas de pensar. Esa es una discusión que sin duda alguna hay que tener, pero aquí sólo hacemos la acotación correspondiente para que no se piense que estamos confundiendo distintos planos.

Una segunda cuestión, sobre la cual habría que detenerse es que las categorías, a diferencia de los conceptos que componen un corpus teórico, no tienen un contenido único sino muchos contenidos. En ese sentido, las categorías son posibilidades de contenido, no contenidos demarcados, identificables con una significación clara, unívoca, semánticamente hablando.

También esta es una discusión antigua que no se da solamente en las ciencias sociales, sino también en las ciencias de la naturaleza. Si revisamos, por ejemplo, la historia de la ciencia, nos encontraremos con esta tensión entre las categorías y lo que aquí llamamos conceptos teóricos. Hay categorías que se han mantenido a través de los siglos, aunque con distintos contenidos; incluso en un mismo momento, una categoría puede ser objeto de referencia de construcciones teóricas diferentes. Pongamos algunos ejemplos.

El concepto de fuerza, de masa y de energía, para poner tres casos de la ciencia de la naturaleza. En las ciencias sociales tenemos otros tantos como el concepto de poder, de sujeto, de masa social, de dinámica y de conflicto. Esos no son conceptos que tengan una significación unívoca, ya que pueden tener muchas significaciones, y es cuestión de revisar la literatura actual para ver que muchos de estos conceptos tienen presencia prácticamente en todos los textos, aun cuando sean textos discrepantes teóricamente entre sí. El concepto de conflicto, por ejemplo, está presente en Marx y en Parsons, por citar simplemente dos autores de referencia distantes entre sí teóricamente. En ambos se habla de conflicto, en ambos se habla de equilibrio, pero con significaciones muy diferentes porque los discursos teóricos –entendidos como la capacidad del ser humano de formular atributos a los fenómenos– son distintos.

Volvamos, pues, a la distinción entre pensamiento teórico y pensamiento epistémico¹. En el sentido estricto de la palabra, el pensamiento epistémico es preteórico, funciona sin un corpus teórico y, por lo mismo, sin conceptos con contenidos definidos, con funciones claras de carácter gnoseológico o cognitivo, o para decirlo de otra manera, con funciones de determinación o de explicación. Por el contrario, los instrumentos del pensamiento epistémico son categorías que me permiten plantear lo que, de manera abstracta, he llamado “colocarse ante la realidad”. Pero, en términos más concretos, ¿qué es colocarse ante la realidad? Significa construir una relación de conocimiento, que es un ángulo desde el que comenzamos a plantear los problemas susceptibles de teorizarse. Imaginemos que queremos analizar el conflicto social. Bien, ¿cómo puede ser nombrado este? Si nos remitimos al pensamiento epistémico, nos tendríamos que abrir a muchas posibilidades que, de hecho, son las posibilidades que se contienen en la historia de las ciencias sociales. Podríamos pensar el conflicto social –en el sentido de ponerle un nombre– con un contenido, por ejemplo, desde la teoría del rol–set. Pero también podríamos pensar el conflicto social a partir de la teoría de los grupos. Si elegimos una u otra óptica, las posibilidades de encontrar contenido al problema llamado conflicto social son distintas. Incluso podría haber un tercer investigador social que diga ni rol–set ni teoría de los grupos, sino optar por la categoría de clase social.

Lo que decimos es sólo un ejemplo para dar cuenta de las múltiples posibilidades de teorización. No hay ninguna teorización sino sólo las posibilidades, porque si trabajo estos tres ángulos como posibles teorías, como posibles categorizaciones del fenómeno del conflicto social, los

¹ Idea que, por cierto, me la sugirió un alumno en un seminario en la división de estudios de Posgrado de la Facultad de Ciencias Políticas de la UNAM.

contenidos a los cuales vamos a llegar son absolutamente diferentes. Y no podríamos decir que uno solo de estos hipotéticos investigadores está estudiando el conflicto social y los otros no, pero sí que las posibilidades de teorización y los contenidos de éstas plantean diferentes realidades al problema que se pretende conocer.

El pensar epistémico consiste en el uso de instrumentos conceptuales que no tienen un contenido preciso, sino que son herramientas que permiten reconocer diversidades posibles con contenido. Esto hace parte de lo que podríamos definir como un momento pre-teórico, el cual tiene un gran peso en las posibles teorizaciones posteriores. Decir pre-teórico significa decir construcción de relación con la realidad. Pero ¿qué significa, a su vez, esto? Significa que si nos estamos colocando frente a las circunstancias que queremos estudiar sin precipitar un juicio en términos de construir un predicado ya predeterminado con contenido sobre aquello que no conozco, entonces estamos distanciándonos de la posibilidad de anticipar nombres teóricos a un fenómeno que no conocemos, y ese distanciamiento frente a la realidad para no precipitar juicios teóricos que se van a expresar en enunciados predicativos es lo que, en términos más amplios, podríamos llamar “problema”. Es decir, si construimos un enunciado teórico –no obstante lo valioso y coherente que sea, o los amplios antecedentes bibliográficos que tenga–, pero lo construimos a través del método hipotético deductivo sin plantear este distanciamiento, que aquí estamos llamando “problema”, retroalimentamos aquello que señalamos al inicio: el desfase, el desajuste o el divorcio entre pensamiento y realidad.

Esto es así, porque el encadenamiento entre el pensamiento y la realidad no conocida es la capacidad que tiene el sujeto de construir problemas, y la construcción de los problemas no puede ser encajonada en términos de determinados contenidos ya conocidos. Volvemos a la advertencia de Bachelard: es más fácil llamar a las cosas con los nombres de siempre, en circunstancias en que se conoce el nombre pero no se conoce aquello que se quiere nombrar con ese nombre. Así, muchas veces las investigaciones quedan reducidas a investigar el nombre, pero no aquello que se nombra. Esto pasa en la economía, en la antropología, en todos los discursos porque es muy cómodo decir “yo he leído tantos autores y tengo tantos conceptos en la cabeza que preciso usarlos”, y obviamente “usarlos” es transformarlos rápidamente en nombres. Pero ocurre que, entonces, esa persona no está realmente construyendo conocimiento, porque si hay un requisito elemental en este ámbito, es precisamente, el de construir el conocimiento de aquello que no se conoce, no de aquello que se conoce. Este es el fundamento de la principal función del pensamiento epistémico: este funciona con categorías sin contenidos precisos y, en el quehacer concreto de la persona, se traduce en la capacidad de plantearse problemas. No necesitamos abundar en la dificultad que implica el plantearse un problema.

Construcción de Problemas desde el Pensamiento Epistémico

Aquí hay varias cuestiones: las inercias mentales, la capacidad para plantearse problemas y la exigencia de no confundir problema con objeto. Sobre lo primero: los temores, el no atreverse, el estar pidiendo siempre reconocimiento de la autoridad, el estar constantemente refugiándose en la bibliografía, cobijándose en lo cierto o en lo verdadero, es olvidarse de la advertencia de Lakatos acerca de que si el ser humano ha podido avanzar en el conocimiento, ha sido porque se ha atrevido a pensar en contra de todo lo que estimaba verdadero y cierto. En términos psicológicos esto es algo muy profundo: atreverse a estar en el desasosiego, a perder la calma, a perder la paz interior. Quien no se atreva, no va a poder construir conocimiento; quien busque mantenerse en su identidad, en su sosiego y en su quietud, construirá discursos ideológicos, pero no conocimiento; armara discursos que lo reafirmen en sus prejuicios y estereotipos, en lo rutinario, y en lo que cree verdadero, sin cuestionarlo.

Lo que está en juego –segunda cuestión– es la capacidad de plantearse un problema, practicar un razonamiento que no quede atrapado en los conocimientos ya codificados; ser crítico de aquello que nos sostiene teóricamente, o sea, ser capaces de distanciarnos de los conceptos que manejamos, así como también de la realidad observada. Es decir, no solamente tenemos la obligación de distanciarnos de aquellas teorías que de alguna manera conocemos para no incurrir en una reducción de la realidad, sino también implica cuestionar lo empírico, lo que observamos, porque esto puede no ser lo relevante, puede ser solo la punta del iceberg. Y esa punta del iceberg que miramos morfológicamente no es el problema; en el mejor de los casos, puede ser un tema –por ejemplo, el de la pobreza, la injusticia, la desigualdad, la opresión– que vamos a estudiar. Los temas pueden ser sólo enunciados que creemos claros porque son un recorte empírico de lo observable, pero en realidad solamente son un aspecto que asoma a la observación y, por lo tanto, ocultan la mayor parte de lo que son como problema. Esto se da con mucha frecuencia, por eso que no es de extrañar que las tesis, incluso las de maestría y doctorado, no van más allá del tema que es lo mismo que decir no profundizar más allá de lo morfológico, de lo observable, no son más que observaciones sin crítica a las estructuras de la información, no se constata un esfuerzo de problematización del tema. Problematización que significa estar dispuestos a zambullirse en el agua y comenzar a ver qué hay más allá de la superficie, qué hay debajo de la punta del iceberg.

La cuestión fundamental no es comenzar a decir lo que hay debajo del agua o de la punta del iceberg, porque eso significaría reducir aquello que no está ni siquiera observado, y mucho menos conocido, a un conjunto de conceptos que manejamos y que creemos mecánicamente aplicables. Aquí es donde se ve casi analógicamente lo que significa “crear un problema”; en el fondo es zambullirse más allá de lo observable, y para eso hay que contener la respiración, que en el caso de la investigación, equivaldría a recurrir al pensamiento crítico, el cual hace las veces de oxígeno. Si queremos zambullirnos para ver lo que hay debajo del iceberg, debemos tener capacidad de crítica, y la capacidad de crítica significa no contentarse con lo que se ve, con lo observable.

En este sentido, los estadistas tienen muy clara esta cuestión (aunque el que la tengan clara no significa necesariamente que la resuelvan), que, para decirlo en sus términos, consiste en la relación que hay entre un indicador de algo y el indicatum de ese indicador, es decir, aquello que subyace a ese indicador. Si creemos que ese indicatum está todo reflejado en el indicador, cometeremos grandes errores conceptuales sin llegar a aproximarnos a conocer lo que queremos conocer. Hay que zambullirse para ver aquello que no se ve, que es el indicatum, que es el resto del iceberg. En la construcción de problemas, no hay que dejarse llevar por la observación morfológica, ni dejarse llevar acríticamente por la información o, para decirlo en términos más sintéticos, no creer que el tema que hemos podido enunciar, es el problema.

Para poder resolver esto –y aquí entramos a la tercera cuestión con relación a la formulación de problemas por el pensamiento epistémico– se requiere quizá resolver otra cuestión que en el plano de la investigación es muy usual: no confundir el problema con el objeto. Podemos tener un objeto –el cual derivaremos de premisas teóricas– sin darnos cuenta de que este supone implícitamente una construcción, de manera que de no estar alertas, correríamos el riesgo de construir conocimiento a partir de un objeto ya estructurado. En la medida en que no se haga el esfuerzo por construir el objeto desde el problema, también se puede caer, no digo en confusiones sino en falsedades. Por ejemplo, si el teórico “A” transformó el problema de la explotación económica en un corpus teórico –el cual tiene contenido y, por lo tanto, un objeto concreto identificable–, y no hacemos ningún esfuerzo por volver a plantear el problema de la explotación económica, sino que se repite la conclusión como objeto teórico construido en otro contexto histórico, es evidente que no estamos estudiando necesariamente el fenómeno, sino a lo sumo estudiando al autor “A” que dijo algo sobre el tema; mi esfuerzo se reduce a ver si lo planteado por ese autor mantiene la vigencia en un recorte de tiempo diferente, lo cual es muy distinto a decir que estamos estudiando el problema. Desafortunadamente es lo que se ha dado en América Latina de manera casi permanente, llevando a muchos autores a plantearse la necesidad de revisar el uso de conceptos, aun de aquellos que pensamos que son claros y con significaciones muy precisas.

La lectura de teorías en el Pensamiento Epistémico

Este punto se vincula de manera muy directa con la función más importante de lo que estamos llamando aquí pensamiento epistémico. Este se basa –como hemos visto– en la construcción de una relación de conocimiento, la cual, a su vez, consiste en demarcar problemas antes que construir enunciados con atributos teóricos. No obstante, esta cuestión que es muy simple de decir, presenta varias dificultades. Mencionaremos solo una para ir circunscribiéndonos a algunos tópicos: el problema de cómo leemos la teoría. Este es un tema que queremos privilegiar por una razón fundamental: porque es un tema que no sólo tiene implicaciones de carácter metodológico, sino también en el terreno pedagógico en un sentido amplio, esto es, en el marco de las políticas de formación, problemática que, por cierto no se restringe al ámbito preescolar o de la educación primaria, sino que esta presente también en el nivel de los posgrados.

La cuestión a la que hacemos referencia es a cómo leemos. Todos sabemos descifrar las pala-

bras, pero no necesariamente sabemos leer. Detrás de lo que llamamos pensamiento epistémico está la urgencia por saber leer los contenidos que todo mundo está recibiendo a través de las bibliografías de los distintos autores. Saber leer un texto es no restringir la lectura a lo que podríamos definir como el “procesamiento del contenido” o, para decirlo de otra manera, el procesamiento de sus conclusiones o la esquematización de un conjunto de proposiciones que el autor nos hereda para poder trabajar con ellas frente a las realidades que queramos. Esta sería una lectura en el sentido clásico, es decir, a la larga, una lectura exegética, pero reducida a los contenidos teóricos, lo cual me parece altamente insuficiente.

En el caso de las ciencias sociales en particular, hay que hacer un esfuerzo adicional y este no es otro que tratar de leer los textos como lo que son: construcciones, el constructo mismo; leerlos desde lo que podríamos definir como sus lógicas constructoras. A lo que aludimos con “lógica constructora” es a tratar de reconocer detrás de las afirmaciones atributivas de propiedades que tiene un texto teórico, los problemas que pretende responderse el autor a través de tales proposiciones; es decir, reconocer como el señor “X” construyó su problema y como lo termina teorizando. Esto es algo elemental, no en el sentido de simple, sino en el de fundamente. Si leemos un texto reduciéndolo simplemente al conjunto de proposiciones que el texto ofrece –lo cual siempre resulta fácil– lo que estamos haciendo es olvidar que detrás existe una lógica de construcción. Cuando decimos: “leamos las propuestas de Weber sobre la burocracia, sobre los movimientos sociales, sobre las religiones, sobre lo que fuere”; obviamente nos referimos a ir más allá de la mera proposición que haya podido formular en torno del fenómeno A o Z; supone, por el contrario, rastrear cómo construyó esas proposiciones, y ese “¿cómo construyo?” alude a lo que aquí de manera un tanto esquemática llamaba el discurso preteórico de Weber, o de Marx, o de Durkheim. Es el discurso implícito en su propia construcción teórica, la cual, de alguna manera, está basada en el uso de determinadas categorías, muchas de ellas no explicitadas sino, en la mayoría de los casos, implícitas en los textos. Es lo que los comentaristas de esos autores han llamado hasta hoy la génesis del pensamiento de Durkheim, de Marx, de Weber; es precisamente en la génesis donde es preciso descubrir el empleo de categorías desde las cuales ellos problematizaron y respondieron a sus problemas a través de una serie de teorizaciones.

Las lógicas de construcción son muy claras en algunos autores, pero no en todos. Y a este respecto debemos traer a colación una cuestión importante. Uno de los problemas que tenemos hoy, a comienzos del siglo XXI, no solamente es el abuso de los textos de difusión o de resúmenes, sino también la abundancia de un cierto tipo de libros en los que no se ve claramente lo que estamos llamando lógicas constructoras. Esto demuestra que podemos estar, y lo planteamos como una hipótesis nada más y no como una aseveración, en presencia de una producción teórica débil (debemos distanciarnos del concepto de pensamiento débil de Vattimo).

Nos referimos más bien a que no siempre está claro cómo se construyeron las aseveraciones en torno a un fenómeno. Es importante tener en cuenta este aspecto para iniciar una discusión acerca de la función teórica actual.

Este problema de las lógicas de construcción, entonces, es fundamental, porque en tanto éstas se basan en el uso de categorías subyacentes, son lo que nos permite determinar si un pensamiento puede o no estar vigente más allá del contexto histórico en que se construyó. Cito a Gramsci cuando señaló que el gran problema del conocimiento social es poder construir un conocimiento que sea capaz de crecer con la historia. Este es el desafío, y no es una cuestión teórica sino epistémica. Hay categorías que resisten las mutaciones históricas más que otras; pueden ser categorías que se mantienen vigentes más allá del periodo histórico en el cual se forjaron inicialmente y, por tanto, son susceptibles de ser recuperadas como elementos constructores de otros conocimientos en diferentes contextos históricos.

El tiempo y la Complejidad de Lo Real

El pensamiento tiene que seguir a la historia en el sentido de adecuarse creativamente a los cambios de los procesos históricos. Esto supone asumir muchas cuestiones, por lo menos dos que son básicas: una, que los fenómenos históricos no son fenómenos lineales, homogéneos, simétricos, ni están sometidos a la mecánica celeste; son fenómenos complejos en su dinamismo, en el sentido en que se desenvuelven en varios planos de la realidad, no solamente en uno, porque son a la vez macro y micro-sociales. Esto supone, que tenemos que estudiar esos fenómenos históricos en varios recortes de la realidad y no solamente en uno. Esa es una primera exigencia.

La segunda involucra al problema del tiempo. Las temporalidades de los fenómenos son muy variables, los tiempos son múltiples, no hay un solo tiempo que fije el fenómeno, sino muchos tiempos y eso, evidentemente, es uno de los grandes desafíos para el conocimiento. Existe una tendencia a lo factorial, a reducir el fenómeno complejo a un factor o conjunto de factores y analizar estos en términos de la lógica de determinación causa y efecto. El problema es que eso no siempre ocurre en los fenómenos sociales, pues puede haber múltiples factores aplicables o existentes en distintos niveles de la realidad. Los fenómenos históricos no ocurren de manera plana, longitudinal, sino tienen lugar a través de coyunturas, las cuales forman parte de los procesos, de las tendencias a largo plazo, lo que tenemos que tomarlo en cuenta. Y por último, los procesos socio-históricos no son solamente económicos, políticos, sociales, institucionales, etcétera, sino que conforman una constelación, están relacionados entre sí, son parte de una matriz de relaciones complejas, que los lleva a que se determinen recíprocamente lo económico con lo político, lo político con lo cultural, y así sucesivamente.

Por otro lado, los fenómenos histórico-sociales hacen parte no solamente de contextos y de relaciones múltiples dentro de distintos niveles de la realidad, sino también de contextos de significaciones por usar un término, o de universos de significaciones. Por ejemplo, desde una perspectiva numérica, ser pobre en Bolivia, quizá no sea comparable con ser pobre en otro país; porque el ser pobre en un país con un contexto cultural determinado, con una carga simbólica específica, en otro país que tiene una simbología diferente (por lo tanto una carga de significaciones diferentes), sin duda transforma cualitativamente el fenómeno. Aludo con esto a que no

solamente están las complejidades anteriores, sino que, además, los fenómenos son universos de significación, lo que aquí de alguna manera estamos tratando de llamar cultura.

En el concepto de cultura está presente el hecho elemental de que cualquier fenómeno social que queramos estudiar, ya sea en corto o en largo plazo, es construcción de los seres humanos, de los sujetos, pero no de uno solo, sino de muchos sujetos. Quizá uno de los grandes desafíos que nos hereda el siglo XX sea precisamente la complejidad de los sujetos que construyen la historia, que están detrás de los fenómenos que queremos estudiar y que son demasiado complejos; sujetos múltiples que tienen distintas características, variados espacios, tiempos diversos, y visiones diferentes del futuro desde las cuales construyen sus realidades.

Hay mucha ciencia social que lo cree así y hace ciencia, a veces rigurosa, al interior de los parámetros del discurso dominante, como si la realidad de la sociedad humana se redujera a los contenidos de ese discurso que hoy día es uno y mañana puede ser otro. La realidad es mucho más que eso, porque está siempre dentro y fuera de los límites del conocimiento, sea dominante o no. Por lo tanto, para poder reconocer esa realidad que está fuera de los límites de lo que se dice que es lo real en el plano de la economía, o de los sistemas políticos, etcétera, necesitamos aplicar un razonamiento mucho más profundo, que rompa con los estereotipos, con los preconceptos y con lo evidente. Esa es la función de lo que aquí he llamado pensar epistémico; esto es, plantearse problemas a partir de lo que observamos pero sin quedar reducidos a lo que observo, sino que ir a lo profundo de la realidad y reconocer esas potencialidades que se ocultan, que son las que nos van a permitir construir un conocimiento que nos muestre posibilidades distintas de construcción de la sociedad.

Quisiera concluir con esa vieja advertencia de Braudel, el gran historiador francés, y que siempre habría que recordarla: "así como un país no tiene solo un pasado, tampoco tiene solo un futuro"

En síntesis, todo esto es lo que de alguna manera está detrás del enunciado "pensamiento y cultura en América Latina"; porque América Latina es una construcción de sujetos que se están transformando y que, a su vez, construyen realidades distintas a las que pueden eventualmente surgir en otros contextos culturales, como pueden ser lo asiáticos, los europeos, los africanos, o los norteamericanos. En la medida en que eso no lo tengamos en cuenta, evidentemente el conocimiento, en esa a veces absurda pretensión de universalidad, no va a ser nunca un conocimiento real, porque la realidad del conocimiento no está solo en la universalidad, sino en lo que aquí llamamos pertinencia histórica del conocimiento. Esta se refiere a la capacidad del conocimiento para dar cuenta de la especificidad de los fenómenos, que es lo que resulta de entender a estos como ubicados en contextos muy complejos de relaciones múltiples y en distintos tiempos. Es un desafío, si es que realmente queremos llegar a construir un conocimiento que permita reconocer posibilidades de construcción y que no se limite simplemente a describir lo que ya se ha producido o se circunscriba más que a dar cuenta de lo que ya da cuenta el discurso dominante. Es el problema. ¿O es que la realidad social, económica, política e incluso tecnológica se agota en los parámetros del discurso dominante?